



LUIS QUIJADA
SEÑOR DE VILLAGARCÍA

(El cuadro original existe en Madrid en el palacio del Excmo. Sr. Conde de Santa Coloma.)

LIBRO PRIMERO



AL LECTOR

En este ni en ninguno de los «Estudios históricos» que hasta ahora hemos publicado, ha sido nuestro intento desentrañar hondos problemas de la historia, ni descubrir tampoco datos desconocidos o documentos ignorados que arrojen más clara luz sobre sucesos ya juzgados o personajes puestos aún en tela de juicio. Nuestro propósito, mucho más modesto, ha sido tan solo *vulgarisar*, por decirlo así, entre cierta clase de público algunas figuras unidas a grandes y trascendentales hechos de la historia y presentarlas enfocadas a la luz de la razón y del criterio católico. Para esto hemos leído y estudiado cuanto sobre ellas se ha escrito bueno y malo; aceptado todo lo cierto; escogido entre lo mucho dudoso lo más verosímil y procurado luego con la imaginación y el estudio de la época resucitar aquellos muertos y dar vida, relieve y ambiente contemporáneo a todo este conjunto, a fin de cautivar la atención de los lectores que, como tú probablemente, no tienen la afición indispensable para entrarse por el árido campo de crónicas, archivos y manuscritos, donde se encuentra la verdad ciertamente, pero como pudiera encontrarse en los ordenados nichos de un cementerio. Con esta idea publicamos nuestra historia de *La Reina Mártir* y con la misma te enviamos ahí a *Jeromín*, para que le conozcas y le ames; y si no fuera porque ha muchos años que quien pudo saberlo muy bien, dijo que estaba ya en el cielo, te diríamos además que para que encomendases a Dios su grande y misericordiosa alma. Pero puesto que a él ya no le hace falta esto, pídotelo en cambio lo que tú sin duda necesitas; que imites sus grandes virtudes y procures evitar sus no leves defectos.

Y con esto y con la bendición de Dios, instrúyete y diviértete con Jeromín, y cree que no encontrarás en él una sola palabra que no esté tomada de verdadera fuente histórica. Podrá ser que me equivoque yo y te equivoque a ti a veces: pero quédame y quédete el consuelo de que nos equivocaremos siempre con historiadores de fuste.

De Madrid a 24 de Enero y de 1903.

LUIS COLOMA, S. J.



I

*Fuit homo missus a Deo cui nomen
erat Joannes.*

Hubo un hombre enviado de Dios que
se llamaba Juan.

(S. JUAN, I, VI.)



COMO bandada de gorriones espantados cayeron aquella tarde los chiquillos todos de Leganés a la puerta de Ana de Medina, cuando las campanas del Salvador tañían aún a vísperas... Corría el primero Jeromín, el hijo de la Medina, con las naricillas pálidas, los grandes ojos garzos espantados, el precioso cabello rubio revuelto.

El caso no era para menos, y veinte voces atipladas se apresuraron a explicarlo a la Medina, que con la rueca en la mano y el regaño en los labios, salió asustada a la puerta.

No hubo escuela aquella tarde en Getafe... Sancha Apelza, la mujer del maestro, había cogido un tabardillo en la era del Comunero, y la sacramentaban aquella noche... Volvían los de Leganés al lugar, jugando por el camino a moros y cristianos... Imponíase siempre Jeromín, y no quería jugar a los Comuneros, ni ser Padilla, ni el Adelantado, ni el Obispo Acuña, héroes populares entonces harto

recientes... Decía que le bastaba ser Jeromín, y descabezar de farsa moros fingidos... Parapetóse en el pozo del Canónigo, como en castillo roquero, y Pedro Verde defendió la huerta frontera de Maricuernos, declarándola Vega de Granada... Jeromín dió *Santiago* a los suyos, y cruzáronse por ambas partes, como pelotas de arcabuz, terrones de tierra blanda...

En este momento acaeció el conflicto.

Bordeando la huerta de Maricuernos, como quien viene de Madrid, aparecieron a deshora cuatro mulas, uncidas de dos en dos con largos tirantes, a una como casita de madera, con dos ventanas muy chicas, y cuatro ruedas muy grandes. Un jayán montaba la primera mula de la derecha, y otro, sentado en el techo de la casa, las guiaba con un palo largo. Por una de las ventanillas veíase sentado dentro un señor caballero muy gordo, con grandes bigotes canos y barba cortada a la flamenca. Cuatro ginetes bien armados y dos mulas con reposteros escoltaban el armatoste.

Espantó a los chicuelos la vista de aquella extraña máquina, nunca de ellos vista: mas la curiosidad sobrepujó al espanto, y agrupáronse todos en la huerta de Maricuernos, muy calladitos, para contemplarla a su paso más de cerca (1).

Acrecentóse el pasmo de los muchachos al ver que la pesada máquina hacía alto ante ellos, y que el señor caba-

(1) Al referir este suceso Van-der-Hammen, dice de este modo: «Venía en un coche o carroçilla de las que en aquellas provincias (Flandes) se usaban. Cosa raras veces vista en estos reinos. Salían las ciudades enteras a verle con admiración. Tan corta noticia se tenía entonces de este género de deleite. Sólo lo que usaban eran carretas de bueyes, y en ellas andaban las personas más graves. Esto se usaba en aquel tiempo: pero dentro de pocos años (1577) fué necesario prohibir los coches por pragmática. Tan introducido se hallaba ya este vicio infernal, que tanto daño ha causado en Castilla.

llero gordo les preguntaba desde la ventanilla, con mucha cortesía, si paraba a la sazón en el lugar Francisco Massy, antiguo músico de vihuela del Emperador, casado con Ana de Medina, natural de aquella tierra.

Comenzaron los muchachos por reirse estúpidamente mirándose entre sí, y ya no osaron responder, ni rebullirse, ni aun destocarse las caperuzas, en señal de respeto... Una y otra vez repitió el gordo su pregunta con mayor cortesía y más afables razones, hasta que al cabo, Pedro Verde, que tenía ya once años y había estado dos veces en Pinto, y visto una de lejos la cabalgata de Ruy Gómez de Silva, decidióse a contestar con la caperuza puesta y la boca seca del susto, que el músico Francisquín, como allí le llamaban, había muerto ya años antes; que en el lugar paraba la viuda Ana de Medina, y que su hijo Jeromín, allí se hallaba presente.

Lo cual demostró gallardamente Pedro Verde, cogiendo a Jeromín por el cuello del juboncillo y empujándole hacia delante... Oír esto el viejo gordo, mirar fijamente a Jeromín y extender ambos brazos por la ventanilla como si le quisiera coger y meterle dentro del coche, fué cosa de un segundo... Mas de menos lo fué todavía, que espantados los chiquillos todos y Jeromín el primero, con el ademán del viejo, apretaran a correr hacia el lugar por la cuestecilla arriba, como si legiones de diablos les vinieran al alcance... Dábales voces el caballero gordo para que se detuviesen... Dábanselas también los de la escolta... Mas los chiquillos, espoleados por el susto, corrían más y más y trepaban por la cuestecilla como perseguidas liebres, hasta dar en el umbral de la Medina, donde ya les hemos visto.

Inmutóse la viuda al oír esta relación que los chiquillos le hacían, y apretó maquinalmente a Jeromín, como si quisiera esconderle entre sus sayas de estameña. Hizo a los

rapaces varias preguntas: contestaron todos a la vez desatinadamente, y solo pudo ponerse en claro que el señor caballero gordo había querido llevarse a Jeromín en aquella casita con ruedas.

Metióse entonces en su casa Ana de Medina, muy preocupada, y envió con Pedro Verde recado para que viniese a verla, al clérigo Bautista Vela, que servía aquel curato por D. Alonso de Rojas, capellán entonces de S. M. en la Capilla Real de Granada.

Retrasóse el Bautista Vela más de lo conveniente, y ya no le fué posible entrar solo en casa de la Medina... Por la esquina de la calle desembocaba en tropel el pueblo todo, rodeando admirado la carrocilla en que venía el señor caballero gordo... Sonreía éste muy placentero: saludaba a unos, preguntaba a otros por la casa de la Medina, que cien manos le indicaban, y miraba sin cesar por la ventanilla si la tal casa estaba cerca, como si fuese ella el término de su jornada.

Salió al alboroto Ana de Medina a la puerta de su casa, con Jeromín colgado de las sayas. Paróse ante ella el coche nunca visto: saludóla cortés el caballero, y puesta ya en el aprieto la viuda, no tuvo más remedio que ofrecerle hospitalidad con rústicas razones de labradora.

Apeóse el caballero entonces, y llevóle la Medina a su estrado, que no era otro sino la cocina, limpia ciertamente y capaz y desahogada hasta el punto de haber veinte personas bajo la campana de la chimenea, en dos poyos de mampostería que a uno y otro lado del hogar se hallaban.

Entró también el Bautista Vela, invitado por la viuda, que parecía temer hallarse a solas con el extranjero, y siguióles Jeromín, repuesto ya de su susto, pero admirado siempre y mirando sin cesar de hito en hito al caballero, como si alguna buena o mala ventura le trajese.

Frisaba ya el señor gordo en los sesenta años, y no quitaba su extraordinaria corpulencia ni agilidad a sus miembros ni elegancia a sus maneras. Hablaba bajo, con suaves y cariñosas inflexiones y marcadísimo acento flamenco, y todo revelaba en él, más que el altivo hombre de guerra, propio de aquellos tiempos, el cortesano complaciente acostumbrado a soportar el yugo de poderosos señores. Con mucha cortesía y muy pulidas razones, dijo a la viuda su nombre y condición, el objeto de su venida y lo que de ella quería y esperaba.

Llamábase Carlos Prevost, era criado del Emperador, y habiendo venido a Castilla para negocios propios, traía también un mensaje especialísimo y secreto para ella, de Adrián Du Bois, ayuda de cámara también del Emperador y por eso su compañero. Hizo aquí una pausa el suave flamenco, y con voz más fuerte y acentuada añadió, que le había recomendado con grande ahinco este mismo negocio, nada menos que el muy alto y poderoso Sr. Luis Méndez Quijada, mayordomo del mismo invicto César Carlos V.

Bajaron todos la cabeza en señal de veneración al oír el nombre del César, y al escuchar el de Quijada, cambiaron entre sí, el clérigo y la viuda, una rápida mirada de temor y de sospecha. Jeromín, más sereno que ninguno, balanceaba las piernecillas sentado en un escabel muy alto, sin perder de vista al extranjero, como si pretendiese descifrar en aquella faz oronda y rubicunda, algún enigma que en su infantil cabecita se enredaba y daba vueltas.

Carlos Prevost indicó con un gesto al niño como si su presencia le estorbase, y la viuda le tomó entonces por un brazo y le sacó fuera y le encerró en un cuarto, diciéndole que allí la aguardase. Mientras tanto había sacado Prevost del seno un papel cuidadosamente envuelto en dos lienzos y alargólo a la viuda hecho cuatro dobleces. No sabía ésta

leer, y tendiólo a su vez a Bautista Vela, encogiéndose de hombros. Desplególo el clérigo muy extrañado, y con pausa y solemnidad leyó lo siguiente:

«Yo, Francisco Massy, *violleur* de S. M., y Ana de Medina, mi mujer, conocemos y confesamos de aver tomado y recibido un hijo del Sr. Adrian de Bues, ayuda de cámara de S. M., el qual tomamos por su ruego, que nos ha rogado que le tomemos y tratemos y gobernemos, assí como si fuesse nuestro hijo propio, y de no dezir ni declarar a ninguna persona cuyo sea el dicho niño, porque el Sr. Adrian no quiere en ninguna manera que su mujer supiese ni oyese hablar de ello, ni otra persona ninguna. Para lo qual; yo, Francisco Massy y Ana de Medina, mi mujer, y nuestro hijo Diego de Medina, juramos y prometemos al dicho Sr. Adrian de no dezir ni declarar a persona que sea en esta vida, de quién es el dicho niño, sino que yo diré que es mío, hasta que el Sr. Adrian me embie una persona con esta misma carta o que el dicho Sr. Adrian verná en persona. Y porque el señor Adrian quiere tener este caso secreto, me ha rogado, por hazerle buena obra, de tomar el dicho niño en cargo; lo qual hazemos de muy buena voluntad yo y mi mujer, y conozco aver recebido del dicho Sr. Adrian para hacer este viaje de llevar este niño, para cavallo y adereço y dispensa de un año de tratamiento que me da, cien escudos, y es a saber, que se cuenta el dicho año desde primero día de Agosto de este presente año de 1550 años. De lo qual me tengo por contento y pagado de este dicho año; y porque es verdad, lo firmé de mi nombre yo y mi mujer, y porque mi mujer no sabe firmar, rogué a Oger Bodoarte (1) que lo firme de

(1) Este *Oger Bodoarte* era Ogier Bodard, uno de los cuatro ayudas de cámara que siguieron al Emperador a Yuste.

su nombre por ella. Y donde adelante me da el dicho Sr. Adrian cinquenta ducados por cada un año por el tratamiento del niño. Fecha en Bruselas a 13 dias del mes de Junio de 1550 años.»

Siguióse a esta lectura un buen rato de silencio, hasta que comprendiendo Ana de Medina que había llegado la hora de entregar aquel niño que hasta entonces había mirado como hijo, rompió a llorar amargamente y dijo entre sollozos que harto reconocía ser cierto y verdadero aquel documento en todas y cada una de sus partes; que como lo había jurado lo había cumplido y lo cumpliría en adelante, entregando el niño en cuanto se lo mandasen; pero que por Dios y Nuestra Señora y la muchedumbre de sus santos, se lo dejaran aún hasta las sementeras, para poder entonces con desahogo hacerle un equipo nuevo que realizase su persona...

Pareció también conmovirse el Bautista Vela, y apoyó tímidamente el ruego de la viuda. Mas el flamenco, con dulces palabras de consuelo y razonamientos muy intrincados, manifestóles su firme propósito de marchar al día siguiente al amanecer, llevándose a Jerónimo. Y después de largas pláticas y diestras preguntas que dirigió al clérigo y a la viuda, aseguróles también, sin perder su afabilidad, que el desagrado del poderoso Luis Quijada había de ser muy grande al conocer el abandono intelectual en que había estado Jeromín durante aquellos años: porque cierto era que el niño estaba sano de cuerpo y lo parecía también de alma; pero también lo era y saltaba a la vista, que no sabía otra cosa sino corretear por los campos y tirar a los pájaros con su ballestilla, ni había tenido otras lecciones que las del sacristán de la iglesia Francisco Fernández y las que hubiera podido tomar últimamente en la escuela de Getafe... Responsabilidad ésta que recaía del todo sobre

el clérigo Bautista Vela, porque a él había escrito en tiempo y en sazón el propio Luis Quijada, «que mirase también por aquel rapaz y cuidase de su educación, que no había de ser la de un labradorcillo.»

Callaron a esto el clérigo y la viuda, comprendiendo su yerro, tanto mayor cuanto que más de una vez les había asaltado la idea de que no era Jeromín hijo de Adrián Du Bois de cuyas manos lo recibieron ellos, sino del propio Luis Quijada, mayordomo del César y uno de sus más grandes caballeros. Y acabó de afirmarles en esta idea, que sin duda el mismo Prevost participaba, que llegada la hora de la cena mandó éste preparar la mesa con la plata y el servicio que traía él en sus reposteros, y sentó a Jeromín en el lugar preferente y él mismo le servía y hacía plato.

Dejábase servir Jeromín sin manifestar cortedad ni extrañeza y como si toda la vida hubiese recibido atenciones semejantes. Mas como observase que Ana de Medina permanecía de pie junto al hogar y pasaba ella misma los platos sin osar acercarse a la mesa, preguntó sin mirar a nadie y con tal alterada voz que lo mismo podía ser una pregunta, que un ruego, que una orden:

—¿No cena esa?...

Lo cual hizo a la viuda prorrumpir en nuevos llantos y exclamaciones, y morderse los labios al muchacho para contener las lágrimas, que llenaban sus ojos.

No podemos asegurar si Jeromín durmió aquella noche: mas es lo cierto, que nadie tuvo que despertarle al otro día y que la primera luz del alba le encontró ya despierto, con su mejor ropita de labradorcillo vestida y calada sobre los rubios cabellos la graciosa monterilla... Por dos veces abrazó a Ana de Medina en el umbral de la puerta, y la dejó y tornó a ella y la abrazó por tercera y por cuarta. Mas no derramó una lágrima, ni dijo palabra, ni se inmutó

en lo más mínimo su graciosa carita, más pálida que de ordinario.

Estaba allí el lugar entero, y los chiquillos en primera fila, moros y cristianos confundidos, viéronle subir entre envidiosos y admirados en el lugar preferente de aquella *casita con ruedas* que tanto les asustó la víspera.

Pidió entonces Jeromín a la viuda que le trajese su ballesta: trájole ella aquel tosco juguete con que había adquirido el niño tan maravillosa destreza en la puntería, y él la alargó a Pedro Verde, su contrario en las batallas, diciendo lacónicamente:

—Guárdala.

Acompañaron al coche todos los vecinos hasta las afueras del pueblo, y mucho más lejos los chiquillos y Ana de Medina, que daba gritos plañideros pidiendo que no se llevaran a su Jerónimo, que le volviesen su hijo.

No se rebullía éste dentro del coche ni asomaba la cabeza, y tan quieto estaba con los ojos cerrados que llegó el flamenco a suponerle dormido. Mas al volver el último recodo, pasada ya la huerta de Maricuernos y frente al sitio en que se levantaba entonces la ermita de los Angeles, vióse asomar por la ventanilla la manita de Jeromín haciendo la postrer señal de despedida a sus compañeros de juego y a la rústica mujer que le había criado.





II

PASABA Jeromín de sorpresa en sorpresa, viendo desfilan ante sus ojos, por vez primera, tierras, montes, pueblos, castillos y gentes que no eran como las de Leganés, ni en el fondo de aquel oscuro retiro se las hubiera podido imaginar nunca. Contestaba Carlos Prevost a sus dudas y preguntas con verdadero y cariñoso afán de instruirle, ora haciéndole explicaciones curiosas, ora comentarios instructivos que abrían a la virgen inteligencia del niño nuevos y dilatados horizontes.

Mas en medio de aquella afable bondad del flamenco, que unas veces parecía nativa y otras máscara cortesana que de puro apretada y continua érale ya natural, notó la infantil perspicacia del niño que siempre le ocultaba Prevost a las miradas de la gente; que nunca soltó palabra ni en mesones ni en caminos sobre quién fuese el niño, de dónde le traía y adónde le llevaba, cosa esta última que el mismo Jeromín ignoraba por completo. Retraía esto la candorosa espontaneidad del muchacho y armábale de cierta reserva que, sin ser rencorosa, era por lo menos desconfiada, como

hija, sin duda alguna, de un gran fondo de ofendida dignidad.

Llegaron a Valladolid a las doce de un día de Mayo, que debió ser precisamente entre el 1.º y el 14. Apeóse Carlos Prevost en las afueras, por no llamar la atención con su carroza, y entróse por el portillo de Balboa con Jeromín de la mano.

Reinaba en las calles grande animación y movimiento, por hallarse ya en Valladolid toda la inmensa comitiva de Grandes, caballeros, criados y gente de armas que habían de acompañar al Príncipe de Asturias D. Felipe en su famosa jornada de Inglaterra, y para evitar el bullicio sin duda, entróse Carlos Prevost por calles excusadas, hasta llegar a un convento de Descalzos.

Esperábanle allí seguramente, porque sin más pláticas que las de cortesía, hizo el flamenco entrega del niño al Prior, que era un viejo muy venerable, y marchóse sin decir más, prometiendo a Jeromín volver a recogerle algunos días más tarde.

Angustióse la criatura al verse solo entre aquellas austeras figuras, que por no haber visto nunca de cerca le resultaban temerosas y extrañas. Disimuló, sin embargo, sus temores con precoz entereza, y con tal cariño y bondad le trataron los frailes que familiarizado con ellos desde el primer día, vagaba por los claustros y la huerta como hubiera podido vagar por la casa de Ana de Medina y las tierras de Maricuernos. Señalóle el Prior un fraile joven, decidor y alegre, que le acompañaba y le servía, y diéronle una ballestilla con que pudiera saciar en la huerta su decidida afición a tirar a los pajarillos.

Trajéronle a los pocos días de parte de Carlos Prevost, ropa blanca fina en abundancia y tres trajes de corte y hechura de labrador, pero de paño fino y lindos aderezos.

Quiso Jeromín probárselos al punto, porque era pulcro y presumido, y razón tenía para serlo en efecto. Era fuerte, bien hecho y ágil en extremo: blanco el color, aunque por el sol de Leganés muy tostado; los ojos purísimos, grandes y garzos; los cabellos rubios y suaves, y todo el conjunto tan gracioso, tan galán y tan noble, que al verle en su ordinario traje de labradorcillo, hubiérasele tomado por un principito real disfrazado de villano.

Vistióse sus nuevas galas desde el primer momento, y aquella misma tarde acaecióle en la huerta una aventura, que dejó en su infantil imaginación huellas profundas. Era la huerta muy extensa, frondosa en extremo y cruzada en todas direcciones para calles de árboles.

Cansado de corretear, echóse Jeromín al pie de un peral, con su ballestilla al lado: pasaba por delante una calle de aquellos mismos frutales, que arrancaba por un lado del claustro bajo, e iba a parar por el otro en un gran albercón donde se criaban truchas.

A poco vió Jeromín a lo lejos que salían del claustro y se acercaban hacia él, departiendo amigablemente, dos grandes personajes. Era uno el Prior del convento, viejo muy acabado, que se inclinaba al andar, y golpeaba el suelo a cada paso con su muletilla de palo. Era el otro un gran caballero, de más de cuarenta años, enjuto de carnes, de complexión recia, nariz acaballada, ojos vivísimos y lengua barba muy cuidada, que le caía sobre el pecho. Vestía sayo de terciopelo negro acuchillado de raso, toca antigua de lo mismo con pluma negra, y guantes finos de ante, que llevaba sueltos en una mano. Daba la derecha al Prior, escuchábale a veces con gran respeto inclinando hacia él la altiva cabeza, y contestábale otras con vehemencia, golpeándose una mano con los guantes que llevaba en la otra.

Intimidado Jeromín quiso escaparse corriendo: mas ya era tarde, y tuvo que mantenerse agazapado en su peral, esperando no ser visto. Atisbóle sin embargo el Prior desde lejos, y comenzó al punto una curiosa maniobra, que dió que pensar al muchacho: fuése adelantando poco a poco sin dejar de hablar, hasta interponer su cuerpo entre el caballero y Jeromín, y cubriéndole al fin del todo, hizo pasar al señor sin que notase la presencia del rapazuelo. Vió éste entonces que al llegar el Prior a la alberca daba en secreto una orden a un lego, y a poco llegábase al muchacho el fraile joven su acompañante, hacíale salir de la huerta por senderos excusados, y le encerraba en su celda sin darle razón ni decirle palabra. Comprendió Jeromín que evitaban su encuentro con aquel gran personaje, y de tal manera grabó esto en su imaginación la nariz corva y luenga barba del magnate, que le bastó tan rápido momento para reconocerle varios años después en un momento supremo.

Al día siguiente entró el frailecito joven en la celda de Jeromín muy alegre y satisfecho, y como para desagrarle de la escena de la víspera, díjole que le iba a mostrar, por darle gusto, los soldados más valientes y galanes que ceñían espada en el mundo... Llevóle con mucho misterio a la sacristía baja de la iglesia, y mostróle un rosetón no muy grande, que se abría a mediana altura en la pared, para dar entrada al sol y al aire. Hizole subir hasta él por una escalera de mano, y vió entonces Jeromín por aquella especie de anteojo extenderse ante su vista una de esas plazas irregulares y estrechas, de que quedan aún en Valladolid muestras abundantes. Hallábase la plaza de bote en bote y no solo los balcones y ventanas, sino hasta los tejados mismos rebosaban hombres, mujeres y chiquillos, gozosos todos y en espectación como si aguardasen algo...

Algo esperaban en efecto: marchaba el Príncipe D. Fe-

lipe a recibir en la frontera de Portugal a su hermana la Infanta D.^a Juana, Princesa viuda de aquel reino, y seguir luego a la Coruña para embarcarse con rumbo a Inglaterra; y aquel día, último de su estancia en Valladolid, salía el Príncipe con toda su gran comitiva para celebrar una función en Santa María y recorrer luego las calles dando el último adiós de despedida a sus fieles vallisoletanos.

Jeromín, ignorante de todo esto, buscaba en vano con la vista entre la muchedumbre los soldados prometidos... No tuvo que esperar mucho... Sonaron de repente a muy poca distancia los clarines de plata de la Guardia de archeros... Jeromín dió un salto cual si hubiera recibido una descarga eléctrica, y levantó la preciosa cabecita con arrogancia, con fiera casi, como la levanta el potro bravío al oír por primera vez el marcial toque de una corneta.

Con los ojos dilatados por la admiración y el entusiasmo pegábase Jeromín al agujero. El fraile habíase subido también y miraba por detrás lo que sucedía en la plaza... Lentos, pesados, inmóviles como torres ambulantes sobre sus enormes caballos, comenzaban a desfilar, seis en fondo, cien archeros de la Guardia, ceñidos sus capotes de terciopelo amarillo con la banda de tres colores, rojo, blanco y amarillo, que era divisa del Príncipe. Los clarines, a compás, esparcían sus sonoras notas con majestuosa pausa.

Siguiéronse otros cien alabarderos de la Guardia alemana con los mismos colores y divisas, y más detrás otros ciento de la Guardia española con su capitán el Conde de Feria al frente.

Estalló entonces en la plaza entusiasta gritería... Bajóse el fraile apresuradamente, y quiso bajar también al muchacho: mas éste, con la curiosidad de mirar y el miedo de caerse, agarrábase ansioso a la escalera, y tuvo aún tiempo de ver entrar en la plaza lentamente, solo, en medio de un

gran espacio vacío, a un gallardo joven como de veintisiete años, blanco y rubio, con la barba recortada en punta, que desde un magnífico overo encapazonado todo de terciopelo y oro, sonreía y saludaba a todas partes... A su derecha, pero a muy respetuosa distancia, divisó también al caballero de nariz corba y lengua barba, causa de su encerrona de la víspera. Traía brillantes insignias sobre su recamado sayo pardo y montaba un caballo con guarniciones de terciopelo verde y gualdrapa recamada de plata.

No pudo ver más Jeromín: el fraile consiguió bajarle, y ya en el suelo el muchacho, dió vueltas por la sacristía ciego de ira, con los puñillos crispados, rabioso como leoncillo a que arrancan de las garras una apetecida presa. Por el rosetón abierto oíase el paso de los caballos, lento y cadencioso, y el vocear de la gente saludando la brillante comitiva que debía cerrar aquella triunfal marcha...

Jeromín miró al fraile, y le encontró horrible: salió al claustro, y le pareció horroroso: se acordó del viejo de lengua barba y del joven de barba corta, y quiso y no pudo encontrarles defectos... ¿Qué tenía que ver él con aquellas gentes, para que así le impidiesen seguir viendo los soldados?...



III



LEGÓ la Infanta D.^a Juana a Valladolid, como Gobernadora del reino, muy poco después de la marcha de D. Felipe, y a los cuatro días de llegada la Princesa presentóse de improviso Carlos Prevost en el convento de Descalzos y llevóse a Jeromín para proseguir su viaje.

Llegaron en dos jornadas a Medina de Rioseco, y durmieron aquella noche en un mesón de las afueras. Al otro día, ya muy entrada la mañana, salieron de nuevo por el camino de Toro, y a la media hora de jornada divisaron a lo lejos, cortando el horizonte de aquellas extensas llanuras, un gran castillo flanqueado por cuatro torres: extendíase a sus pies un lugar muy considerable, con numeroso caserío y dos iglesias muy capaces.

Llamóle la atención Carlos Prevost al niño, y extendiendo la mano hacia el lugar, le dijo:

—Henos ya en Villagarcía... Aquí quedaréis vos, que yo marcharme he mucho más lejos.

Y atrayendo hacia sí al niño y sentándole un sus rodillas,

dijole entonces con mucho cariño que había llegado ya al fin de su jornada; que en aquel castillo encontraría una gran señora muy buena que le serviría de madre, y que como a tal la obedeciese, la amase y respetase; que aprovechara bien los estudios y lecciones que allí habían de darle, y que si daba buena cuenta de su persona en el servicio de Dios y el estudio de las letras y las armas, no saldría de aquel castillo sino hecho un gran clérigo letrado, o un gran fraile predicador, o un gran soldado valiente, según el camino a que la vocación de Dios y el consejo de sus bienhechores le inclinasen.

Oíale Jeromín pasmado, sin dejar de mirarle de hito en hito con los hermosos ojos muy abiertos. Mas como viese Carlos Prevost que a medida que se acercaba al castillo crecía en el niño la turbación y el desasosiego, tomóle otra vez sobre sus rodillas y recomendóle de nuevo que no se intimidara ni turbase a la vista de la señora, sino que la saludara con el acatamiento y respeto que la alteza de su rango reclamaba.

Daban ya en esto vuelta al castillo, situado por el lado de Rioseco a la entrada del pueblo, y para distraer al niño hizole Prevost admirar los macizos torreones, los fuertes muros almenados y guarnecidos de artillería y el pendón blasonado que ondeaba en la torre del homenaje anunciando a los viajeros, según la antigua y señoril usanza, la presencia de los señores en el castillo y la oferta de franca y segura hospitalidad a todo el que la demandase.

Tenía el castillo una puerta fuerte a considerable altura, que aun en el día de hoy subsiste, con puente levadizo que caía sobre el foso, y otra de época muy posterior hacia el lado del pueblo, con una suave rampa que le servía de entrada. Por ella penetró la carrocilla flamenca de Prevost, encontrándose en un gran patio cuadrado, verdadera plaza

de armas, que formaba con las dos torres del Norte y los dos muros de Este y Oeste, el primer recinto de la fortaleza.

Salieron allí a recibirles varios mozos de mulas y un grave escudero barbudo con sayo blasonado y espadón de tiempo de las Comunidades. Hizo éste entrar a Jeromín y al flamenco por otra gran puerta de muy pesado herraje, y halláronse en un segundo patio de elegantes proporciones, que era propiamente el del palacio. Formábanlo dos claustros platerescos, alto y bajo, sostenidos por columnas muy esbeltas y cerrado el superior por una balaustrada de piedra. Había en el centro un gran pozo, con una muy gruesa cadena y dos calderos de cobre, y todo lo demás sembrado de frondosos boxes con callecitas, menos el piso del claustro que era de grandes baldosas.

Arrancaba de este claustro bajo una ancha escalera de piedra blanquizca, y por ella subió Jeromín tambaleándose, sin saber lo que le pasaba. En el primer descanso de la escalera quedóse deslumbrado... Bajaba apresuradamente hacia él un grupo de personas, que se confundieron y barajaron en los deslumbrados ojos del niño, como si oscilase y titilara la luz del sol que las iluminaba... Una majestuosa figura vestida de terciopelo con cosas que brillaban..., un fraile dominico muy alto..., dos dueñas entalladas con blancas tocas y negros manteos..., algunas mujeres..., varios hombres...

Jeromín perdió la cabeza y todo dió vueltas en torno suyo... Vió sólo que dos manos de alabastro engastadas en puños de rica holanda y mangas de terciopelo se extendían hacia él y, sin tino ya el muchacho, acordándose tan solo de que Prevost le había encargado saludar a la dama con gran respeto, hincóse de rodillas y alzó hacia ella sus manitas juntas, como le había enseñado a hacer Ana de Medina ante el altar de la Virgen de los Angeles.

Sintió entonces que los brazos de terciopelo le abrazaban y alzaban en alto; que un hermosísimo rostro se unía al suyo inundándole de lágrimas, y que una voz entrecortada decía al fraile dominico estas históricas palabras:

—¡Válame Dios, señor hermano, y él me ayudel... Lástima que no sea yo la madre de este ángel!



IV

DOÑA Magdalena de Ulloa, Toledo, Osorio y Quiñones, fué una de las grandes señoras que más ilustraron la nobleza castellana en el siglo XVI. Era hermana de D. Rodrigo de Ulloa, primer Marqués de la Mota, e hija de D. Juan de Ulloa, Señor de la Mota, de San Cebrián y de la Vega del Condado, y de D.^a María de Toledo, de la antigua y nobilísima casa de los Condes de Luna.

Llevóle Dios a su madre primero y a su padre después, en edad harto temprana, y quedó la huérfana a cargo de su abuela la Condesa de Luna, y después de muerta ésta, de su hermano el Marqués de la Mota, D. Rodrigo. Cumplió éste bien sus oficios de padre y buscóle un matrimonio ventajoso, ajustado y tratado, según la costumbre del tiempo, entre los parientes de ambas partes. Fué el novio escogido Luis Méndez Quijada, Manuel de Figueredo y Mendoza, coronel de la Infantería española, Mayordomo del Emperador Carlos V y Señor de Villagarcía, Villanueva

de los Caballeros y Santofimia, y también de Villamayor, en tierra de Campos, por parte de su madre.

No se conocían los novios; D.^a Magdalena vivía en Toro con su hermano, y Luis Quijada acompañaba en sus guerras y correrías al Emperador, de quien era gran privado hacía más de veinte años. Ajustáronse las capitulaciones matrimoniales en Valladolid el 29 de Febrero de 1549, llevando la representación de la novia D. Diego Tabera, del Consejo de S. M. y de la General Inquisición, y la del novio su tío el Arzobispo de Santiago D. Pedro Manuel y los ilustres Sres. D. Gómez Manrique y D. Pedro Laso de Castilla, Mayordomo mayor del Príncipe Maximiliano, Archiduque de Austria.

Obligábase el Marqués de la Mota por estas capitulaciones a dar a su hermana en dote diez cuentos de maravedises, pagaderos cinco mil ducados en dinero, dos mil en joyas y lo restante en juros, añadiendo esta cláusula: «Además de los diez cuentos ha de llevar los vestidos e ajuar e preseas de casa, que tiene e tuviere fasta el día de las velaciones, tasados por dos personas juramentadas». Prometía el novio por su parte cuatro mil ducados de arras, y respondía de éstas y de la dote con sus villas de Villanueva de los Caballeros y Santofimia, que a este propósito empeñaba.

Autorizado el matrimonio por el Emperador, envió Luis Quijada desde Bruselas, donde a la sazón se hallaba, poderes muy cumplidos a su hermano Alvaro de Mendoza (1) para que se desposase en su nombre con D.^a Magdalena, y así lo hizo éste en Valladolid a 27 de Noviembre

(1) Este Alvaro de Mendoza era el hermano menor de Luis Quijada y llevaba el apellido de su abuela paterna. Fué capellán de S. M. y Prior de Sar, dignidad de la Santa Metropolitana Iglesia de Compostela.

de 1549, añadiendo de su propio puño esta cláusula a la escritura: «Y en el dicho nombre del dicho Sr. Luis Quijada mi hermano por él e como él mismo, si aquí estuviese presente, fago pleyto omenaje como Cavallero Fijo-Dalgo, una, dos y tres veces en poder de D. Bernardo de Acuña, Comendador de la órden de Santiago, Cavallero Fijo-Dalgo, que de mí, e en el dicho nombre le recebió tomando mis manos entre las suyas segun fuero de España, que el dicho Sr. Luis Quijada, mi hermano, terná, e guardará, e cumplirá, e pagará todo lo que dicho es, y en esta escritura se contiene a buena fe, e sin mal engaño, e sin poner en ello excusa, ni dilacion, so aquellas penas en que caen e incurrén los Cavalleros e Fijos-Dalgos que no guarden sus palabras, e feés, e pleytos omenajes».

De tan rara manera se hacían entonces los matrimonios, y de más rara manera todavía resultaban en su mayor parte, tan concertados y avenidos como resultó éste. Porque llegado Luis Quijada poco después a Valladolid, donde su esposa salió a recibirle, de tal modo quedaron mutuamente prendados él de la hermosura y discreción de su mujer y ella de la generosidad y nobleza de su marido, que duró hasta la muerte el cristiano amor y la ciega confianza que entonces se juraron.

Rudamente, sin embargo, vino el tiempo a poner a prueba esta mutua confianza. Hacia fines del año 53 y principios del 54 comenzaron a menudear en Villagarcía con más frecuencia que nunca, los correos de Flandes. Seguía Luis Quijada a Carlos V en aquella su última campaña contra los franceses, y no desperdiciaba ocasión de enviar a su esposa noticia de los peligros que corría y de los triunfos que alcanzaba. Ella supo la primera en España la toma de Terouanne y de la torre de Hesdín, en que tan brillante papel hizo Luis Quijada, y a ella llegaron antes que a nadie

los rumores de la vuelta del Emperador y de su proyectado retiro en un claustro.

Mas entre todas estas noticias que tranquilizaban su corazón de esposa y realzaban el esplendor de su casa, llegó un día a sus manos una carta inesperada que vino a sumir su ánimo en perplejidad inmensa. Era esta carta de Luis Quijada: hallábase escrita en Bruselas, y aunque la fecha es desconocida, debió de ser precisamente de Febrero del 54.

Anunciaba Quijada a su esposa en esta carta, que en breve plazo y después de nuevo aviso, se le presentaría en Villagarcía un hombre de toda su confianza... Que este hombre le entregaría un niño de siete a nueve años, Jerónimo de nombre, y que él la suplicaba por el amor que la tenía y el que ella siempre le había demostrado, que acogiese al rapaz como madre, y como tal le amparase y educara... Decíale también que aquel niño era hijo de un su grande amigo, cuyo nombre no podía revelar, pero cuyo lustre y condiciones él garantizaba... Y añádiale que, aunque la educación del dicho niño Jerónimo debía de ser la propia de un caballero, era la voluntad de su padre que no se le dieran alas de tal ni se le permitiese otro traje que el de labradorcillo con que a ella habían de presentarle... Item, era deseo del padre, que con toda la cordura y discreción requerida por el caso, se impulsase al niño Jerónimo por el camino de la iglesia, pero sin forzar la vocación del cielo y lo que la divina voluntad dispusiese.

La lectura de esta carta produjo en el gran corazón de D.^a Magdalena un primero y espontáneo movimiento de gozo vivísimo... Ella no tenía hijos ni esperaba ya tenerlos, y se le entraba por las puertas de repente y cuando menos lo pensaba, una criaturita de Dios, que él sin duda la enviaba por mano del ser más amado que ella tenía en el mundo ¡su propio esposo!... La imaginación de D.^a Magda-

lena, espoleada por el ansia caritativa de proteger lo débil y amar lo desamparado, propia de todos los corazones generosos, hízole ver ya al niño Jerónimo en sus brazos, y a Luis Quijada satisfecho, sonriéndole a ella de amor y agradecimiento.

Esto fué lo que sintió, más bien que pensó, D.^a Magdalena en aquellos primeros momentos... Mas vino luego la reflexión lenta, pausada, fría, apagando con su lógica la vehemencia de los impulsos, alumbrando con su raciocinio la ceguera del sentimiento, deslustrando con su rudo contacto las risueñas creaciones de la imaginación, como deslustra una recia lluvia las brillantes alas de una mariposa... Y más helada que la reflexión misma, fría y severa, pero también noble y franca, vino tras ella su hermana bastarda la sospecha; la vil sospecha que todo lo mina y envenena, y se introduce arteramente hasta en las almas más rectas... La primera, la reflexión, puso ante sus ojos, brutal, pero francamente, esta pregunta:—¿Y cómo Luis Quijada no tiene confianza en ti para revelarte el nombre del padre, y la tiene para confiarte la guarda del hijo?... Y la segunda, la sospecha, deslizóle suavemente en el pecho esta traidora respuesta:—Porque quizá Luis Quijada mismo es el verdadero padre del niño...

Rudo fué el combate: mas era el corazón de D.^a Magdalena demasiado grande y fuerte para que nada ni nadie más que su conciencia pudiese arrancar de él un impulso generoso ya arraigado, y todo junto, de un golpe, reflexiones, sospechas e imaginados agravios, los consumió y aniquiló la noble dama en las llamas de su caridad purísima que a voces la gritaba!—¿Y qué importa que el niño venga de donde viniere, si resulta siempre un desvalido sin culpa, que Dios arroja en tus brazos?...

No titubeó más D.^a Magdalena: por esa humildad pro-

funda que acompaña siempre a la piedad verdadera, mostró la carta de Luis Quijada y le franqueó su alma y le consultó el caso a su hermano Fr. Domingo de Ulloa, religioso dominico de grandes virtudes y letras, y ya hemos visto cómo abrió sus brazos al inocente Jeromín y le señaló desde luego en su corazón el lugar de los hijos, tan blando, tan amoroso en ella, pero hasta entonces solitario y vacante.



V

LA presencia de Jeromín en Villagarcía iluminó el severo castillo de los Quijadas con un rayo de alegría que vino a reflejarse en todos sus moradores. La risa de un niño alegra siempre y vivifica cuanto le rodea, como el canto de un pájaro alegra un bosque sombrío y el rayo de sol disipa las más espesas tinieblas.

Compañían entonces la servidumbre de D.^a Magdalena y posaban con ella en el castillo, dos dueñas de honor, doña Isabel y D.^a Petronila de Alderete, ambas viudas, hidalgas y primas hermanas; cuatro doncellas, de las cuales solo de dos se han conservado los nombres, Luisa y la Rubia; dos escuderos, Diego Ruiz y Juan Galarza, hidalgo viejo este último, compañero de armas de Quijada; tres pajes, un mayordomo, Pedro Vela de nombre, y un contador que poseía toda la confianza de la señora y se llamaba Luis de Valverde. Seguía luego la chusma de cocinas, corrales y caballerizas, y contábanse también seis soldados viejos de Luis Quijada que cuidaban de la artillería y armamento de la fortaleza, inútil entonces por la paz interior que reinaba en

Castilla, pero prevenida siempre por cualquier desmán que sobreviniese.

Tenía también D.^a Magdalena dos capellanes: uno, García de Morales, que vivía en el castillo, y otro, Guillén Prieto, Doctor por Salamanca y muy letrado, que para la educación de Jeromín hizo venir de Zamora. Aposentábase éste en el lugar y servía también una capellanía en la anti-gua ermita de San Lázaro, que estaba entonces en el propio sitio en que fundó más tarde D.^a Magdalena la gran casa de la Compañía.

La gallarda figurita del niño enamoró desde luego a toda aquella numerosa servidumbre, y a porfía comenzaron todos a servirle y a mimarle, seducidos por el encanto de su persona y la aureola de misterio que le rodeaba. Jeromín por su parte, con esa admirable perspicacia de los niños para discernir el cariño, aversión o indiferencia que inspiran, y los grados de libertad y confianza que pueden tomarse, sintióse desde el primer momento amado; mas ni por uno solo se consideró, como a los niños mimados acontece, *el amo* en aquella casa.

Entre los mimos y halagos de aquella buena gente y la arrogancia natural y amor propio del muchacho, interponíase siempre la majestuosa figura de D.^a Magdalena, no sería y austera, sino risueña y amorosamente discreta, y por eso mismo manteniéndole siempre con mano firme en el lugar secundario que la voluntad de Luis Quijada y la ciega sumisión de ella a sus deseos le habían previsto y señalado.

Comía de ordinario D.^a Magdalena con toda su servidumbre, según el uso de tiempos más antiguos que aquellos, y sentaba a su mesa a Jeromín, después de la dueñas y antes que los escuderos... Oía misa diariamente en su oratorio con Jeromín al lado, pero ni le daban almohadón

ni le ponían asiento... Los domingos y días festivos iba la noble dama con toda su servidumbre a la parroquia de San Pedro y oía la misa mayor y el sermón desde su sitio del presbiterio, como Señora del lugar y patrona de la iglesia: asistía también Jeromín a su lado, pero como paje de honor, de pie siempre, entre el sitio de la Señora y el banco de las dueñas... Otro tanto sucedía en el estrado: llamábale allí con frecuencia D.^a Magdalena para que escuchase las lecturas que hacían sus dueñas mientras bordaban con ella para la iglesia o hilaban para los pobres, o cosían y remendaban: mas nunca le dió otro asiento que un cojín, y colocado éste siempre fuera de la tarima de honor en que ella sola se sentaba.

Una vez al día, sin embargo, cambiaba por completo D.^a Magdalena y escondía ante los ojos de Jeromín la dignidad de la Señora para dejarle ver tan solo la ternura de la madre... Cuando por la mañana entraba en su cuarto y le despertaba y le abrazaba y le vestía y le peinaba, y medio dormido aún, con la preciosa carita apoyada en su regazo, y entre sus manos las manitas juntas del niño, le arrodillaba a su lado y le enseñaba a rezar y rezaba con él ante un crucifijo muy extraño que ella misma le había regalado.

Era y es todavía este crucifijo, pues que en el relicario de Villagarcía se conserva, una imagen de ningún mérito artístico, como de palmo y medio de alta, contando la cruz sin la peana: hállase ennegrecida por el tiempo y ofrece la sola particularidad de estar carbonizado por el fuego un brazo de la cruz y todo el lado izquierdo del Cristo. Su historia es la siguiente:

En uno de aquellos primeros chispazos con que anunciaron los moriscos, muchos años antes, su terrible rebelión de las Alpujarras, corría Luis Quijada la huerta de Valen-

cia, antes de embarcarse para Túnez. Denunciáronle un lugar sospechoso donde celebraban los moriscos conventículos secretos, y allí se fué Quijada solo y disfrazado. Hospedóse en una casa medianera con la indicada, y a la media noche vió resplandecer una hoguera en el corral de los moriscos, cercado de muy altas tapias.

Encaramóse a ellas como pudo, y vió entonces en el patio un espectáculo extraño: rodeaban la hoguera hasta unos sesenta moriscos, haciendo ademanes y visajes de adoración, todo en el mayor silencio... Entraron otros por una puerta trayendo enarbolada en una caña larga una imagen de Cristo hurtada en una iglesia. Trocáronse entonces los gestos de adoración en muecas de ira y puñadas de amenaza, hasta que sacudiendo el Cristo de la caña el que la traía, lanzóle con violencia en mitad de la hoguera.

El golpe de la imagen al caer entre las llamas sacó a Luis Quijada del horrible pasmo que le paralizaba; y sin pensarlo, que es como se hacen las hazañas, dejóse caer en el corral con tremendo salto y arremetió contra los moriscos sin más armas que su espada, empujando a unos, derribando a otros, hiriendo a muchos, haciendo huir a todos, y cuando ya estuvo el campo despejado, lanzóse en mitad de la hoguera tragando humo, revolviendo llamas, escarbando brasas hasta dar con la sagrada imagen. Hallóla al fin medio carbonizada y sacóla triunfante por la puerta, alzada en alto, dando gritos de furor que pedían venganza, con la espada en la mano, chamuscado el cabello, abrasadas las ropas y ennegrecidas y ensangrentadas las manos y la cara.

Esta historia contó la propia D.^a Magdalena a Jeromín, al preguntarle éste por vez primera la razón de las quemaduras del Cristo. Escuchábala el niño con el alma en los arrasados ojos, la boca crispada, dilatadas las narices y

los puñillos cerrados y amenazadores, con el aire y ademán de un Clodoveo en miniatura, que se irrita por no haber podido evitar con sus francos el prendimiento de Cristo.

Comprendió la señora la grandeza de aquel corazón de niño, que despertaba y latía al eco de lo grande, lo santo y lo heróico, y mirándole un momento como admirada, limitóse por entonces a abrazarle. Mas en el primer correo escribió a Quijada refiriéndole el caso y pidiéndole permiso para poner al niño Jerónimo bajo la protección de la sagrada imagen.

Contestó Quijada afirmativamente, y entonces pasó el crucifijo, de la cabecera de la cama de Quijada, donde estaba antes, a la del lecho de Jeromín, que le tuvo siempre consigo, le llamó más tarde el *Cristo de sus batallas* y murió abrazado a él, invocando su santo nombre.

